



La Misión de la Compañía de Jesús vista por la Congregación General 35^a

Arturo Sosa A. s.j.*

Desde todas las instancias de la Compañía de Jesús se propusieron cientos de postulados que pusieron un enorme abanico de temas y asuntos a tratar. Sin embargo, la Congregación General 35^a decidió ir al fondo de tantos asuntos que tienen los jesuitas y la Compañía de Jesús entre manos y dedicarse a un discernimiento sobre la identidad y misión que la une como cuerpo apostólico universal de la Iglesia Católica al servicio de la misión de Cristo en el mundo de hoy y del futuro.

VINCULACIÓN ENTRE IDENTIDAD Y MISIÓN

La Congregación General 35^a estuvo consciente de que es el mundo, la sociedad humana, la gente, especialmente los pobres, el lugar de vida y acción de los jesuitas y sus compromisos apostólicos. Esa conciencia la hizo valorar la

profundidad de la transformación que vive el mundo actual al punto que los análisis coinciden en que se trata de un cambio de época histórica. Vivimos, por tanto, un momento de transición a nivel mundial, en la Iglesia y en la Compañía de Jesús.

El grupo de jesuitas allí reunido era una clara representación de lo que la Compañía de Jesús es en la actualidad. Un grupo mínimo para la magnitud de lo que se propone, consciente de sus limitaciones y dispuesto a dar lo mejor de sí. Un grupo multicultural. Sus integrantes provienen de una enorme variedad de culturas de los cinco continentes, llamados a ser compañeros de Jesús, unidos por la misma fe y modo de proceder. Un grupo internacional, con vocación universal, que se caracteriza por vivir la tensión entre el compromiso profundo con situaciones locales, culturas particulares y la conciencia de formar parte de la humanidad, con visión universal y disponibilidad para moverse por el mundo como en su propia casa.

Estas características de la composición de la Compañía de Jesús y su ubicación en todas partes del mundo, junto a la conciencia de las transformaciones que vive la humanidad, pusieron el tema de la identidad en el primer plano de las preocupaciones de los jesuitas de todo el mundo y como tema eje de la reflexión de la Congregación General 35^a. Desde su fundación, el tema de la identidad de los jesuitas ha estado estrechamente vinculado a la formulación de la misión de la Compañía de Jesús.

Una consecuencia de la experiencia de la Compañía de Jesús en las últimas décadas es que sólo es posible realizar su misión en colaboración con otras personas e instituciones. La ya variada composición del cuerpo de la Compañía de Jesús se ha enriquecido por la creciente presencia de personas, grupos e instituciones con los que se comparte la misión. Estas personas, instituciones y grupos son igualmente diversos en sus culturas, enfoques y vivencia religiosa. De este modo, la identidad del jesuita se define como hombres *con los demás* y la colaboración se ubica en el corazón de la misión¹. Al definirse como *colaboradora*, la Compañía de Jesús ahonda su sentido de servicio a la misión de Cristo al saberse llamada a construir con otros, en común, más allá de sus fronteras, de las fronteras de la Iglesia o de las culturas y pueblos.

Puede decirse, por consiguiente, que toda la reflexión de la Congregación General 35^a se orienta a profundizar la vinculación entre la identidad y la misión de la Compañía de Jesús y discernir sus principales desafíos en el momento presente de la historia humana, con la mirada puesta en el conjunto de la humanidad y en su futuro.

TENDER PUENTES

Como muchas personas e instituciones, la Compañía de Jesús es consciente de estar viviendo un cambio de época, proceso complejo y asincrónico en el que no resulta fácil ubicarse ni como personas en cada situación concreta, ni como organización internacional. Apenas alcanzamos a balbucear en qué consiste esa transformación que vivimos y de la que formamos parte. Normalmente podemos percibir mejor los límites de la época que culmina que las características de lo que está naciendo.

Aceptamos como la mayoría de los analistas que la tendencia a la formación de un orden económico global es irreversible. Sin embargo, formamos parte de la diversidad de opiniones que discuten en qué consiste esa tendencia y cuáles son sus consecuencias en relación a la conformación de unas nuevas relaciones mundiales, especialmente cuando se pretende entenderlo desde la vida de los pobres de la tierra. La mayor parte de las expresiones que usamos para describir la época que vivimos aluden más al pasado que se supera que a la figura del futuro: postmoderno, postliberal, postsocialista, postcristiano... Para describir este tiempo, también señalamos realidades tecnológicas como la velocidad de las comunicaciones y su alcance prácticamente global o la importancia del *conocimiento* en contraposición a los modos de agregar valor en la era industrial.

Formamos parte de las tensiones entre las tendencias globalizadoras y el resurgimiento de los nacionalismos; entre la *cultura global* y la reafirmación de los ritos ancestrales de cada cultura; entre la ciudadanía mundial y la valoración de la participación plena en las instancias locales.

La superación de la fuerza y la violencia como instrumentos de acción política requieren la creación y fortalecimiento de las condiciones para una vida en democracia que entienda el espacio público mundial como la casa común. Conceptos como el de *soberanía* e instituciones como los *Estados nacionales* tienen que ser revisados para encontrar el modo de garantizar una vida de calidad a todos los seres humanos y todos los pueblos. La democracia en el mundo globalizado no puede concebirse como derivación o extensión de la democracia representativa propia de la modernidad capitalista o socialista. El desafío es abrirle nuevas oportunidades a un estilo de participación pública y unos mecanismos de toma de decisiones políticas que aprovechen la riqueza de la diversidad de personas, pueblos y culturas capaces de definir unos intereses comunes y luchar juntos para hacerlos posibles.

Estas son las *fronteras* de nuestro mundo actual a las cuales es enviada la Compañía de Jesús en fidelidad a su identidad y razón de ser. Hace algo más de 10 años, en la visita que rea-

lizó el P. Peter-Hans Kolvenbach a la Universidad Católica del Táchira², definió así las fronteras:

La frontera en la vida de las personas y de los pueblos es un signo desafiante. Representa los límites de la realidad misma o los límites impuestos de unos sobre otros. Representa, al mismo tiempo, la posibilidad de ir más allá de los límites iniciales, de avanzar hacia zonas menos conocidas e ideales. Representa el desafío de trascender lo que somos para acercarnos a lo que debemos ser, y finalmente de abrirnos al enteramente Otro, a Dios.

Las fronteras geográficas son apenas una de las manifestaciones de los límites con los que se encuentra o se le imponen a las personas humanas y a los pueblos que habitan la tierra. Tomamos con muchas otras fronteras en nuestra vida: fronteras de tipo intelectual, fronteras culturales y socioeconómicas, fronteras personales de la psicología de cada uno, fronteras espirituales que nos impiden acercarnos a Dios.

La Congregación General 35^a de la Compañía de Jesús confirma su misión de luchar por la justicia que brota de la fe en este cambio de época que significa la superación de tantas fronteras características de los tiempos que hemos vivido.

*En este mundo global, marcado por tan profundos cambios, queremos profundizar ahora nuestra comprensión de la llamada a servir la fe, promover la justicia y dialogar con la cultura y otras religiones a la luz del mandato apostólico de establecer relaciones justas con Dios, con los demás y con la creación.*³

La superación de la modernidad, es decir, entender la época postmoderna en términos positivos que permiten aprovechar el legado moderno y trascender sus límites, nos abre la oportunidad de construir formas alternativas de relaciones sociales, económicas y políticas que se acerquen más a esa *justicia del Evangelio* que proclamamos. La Compañía de Jesús se entiende como *enviada a las fronteras* para construir los puentes que permiten traspasarlas, ir más allá de los límites que ellas puedan imponer⁴.

Desde la lucha por la justicia que brota de la fe en un mundo fragmentado la tarea de construir puentes se entiende como ministerio de reconciliación. Tender puentes para promover la reconciliación con Dios significa crear espacios y ensayar formas en la que podamos hacer presentes su verdadero rostro que se ha hecho irreconocible en muchas de las relaciones existentes en el mundo de hoy. Jesús de Nazareth fue el que nos enseñó ese verdadero rostro de Dios⁵ y nos dio algunas claves para reflejarlo. La primera de ellas la recoge la CG 35^a de la siguiente manera:

Nuestro compromiso de ayudar a establecer relaciones justas nos invita a mirar el mundo desde la perspectiva de los pobres y margina-

dos, aprendiendo de ellos, actuando con ellos y a su favor.⁶

Desde esa perspectiva, la Compañía de Jesús no esconde la complejidad de los problemas que encaran los seres humanos y la multiplicidad de puentes que es necesario tender para trascender los límites de clases sociales, diferencias étnicas, religiosas o de género y tantas otras que impiden o dificultan la reconciliación entre los seres humanos. Cobra así un relieve especial una de las notas características de la Compañía de Jesús desde su fundación: el empeño en el apostolado intelectual a través del cual se puede contribuir eficazmente a *entender en profundidad los diversos mecanismos e interconexiones de los problemas actuales*⁷, condición sin la cual no es posible tender los puentes necesarios para facilitar la reconciliación con los demás.

El modo de acceder y explotar las fuentes de energía y otros recursos naturales está rápidamente aumentando el daño al suelo, al aire, al agua y a todo el medioambiente hasta el punto de ser una amenaza para el futuro del planeta. Agua insalubre, aire contaminado, deforestación masiva, residuos atómicos y desechos tóxicos están causando muerte e indescible sufrimiento, particularmente a los pobres. Muchas comunidades pobres han sido desplazadas y los pueblos indígenas han sido los más afectados.⁸

Así describe la CG la tercera dimensión de esta compleja tarea de tender puentes que superen las fronteras que limitan la expansión de la vida humana. La injusticia estructural pone en riesgo las mismas posibilidades de la vida humana en el planeta Tierra. La reconciliación con la creación parte de una revisión de nuestro estilo de vida y nos reta a encontrar el modo de avanzar a una civilización de la austeridad en la que la solidaridad en el uso de los bienes comunes asegure las posibilidades de vida, la justicia social y las relaciones con Dios.

Somos un cuerpo internacional llamado a actuar como tal

En este contexto global es importante señalar el extraordinario potencial que representa nuestro carácter de cuerpo internacional y multicultural. Actuar coherentemente con ese carácter puede no sólo mejorar la efectividad apostólica de nuestro trabajo, sino que en un mundo fragmentado y dividido, puede ser testimonio de reconciliación en solidaridad con todos los hijos de Dios.⁹

La formulación de la identidad y misión de la Compañía de Jesús que hace la Congregación General 35^a lleva a una conclusión necesaria: revisar las estructuras de gobierno en función de establecer estructuras de planificación apostólica que le permitan sacarle el mayor provecho a un cuerpo de vocación universal, organización internacional y presencia local inculturada¹⁰.